

NOTAS Y COMENTARIOS

LA FORMACION DEL CRITERIO METODICO EN HISTORIA

En su trabajo *Reflections on the state of political science*, «The review of politics», de Notre Dame, vol. 17, n.º 4, octubre de 1955, páginas 431-460), Hans J. Morgenthall señala que el problema actual del método encuentra cinco desembocaduras: teoría filosófica, teoría empírica, ciencia empírica, descripción y mejoramiento práctico. Mandelbaum, en *Concerning recent trends in the theory of historiography* (pp. 506-571 del n.º 4 del vol. XVI, 1955, del «Journal of the history of ideas»), afirma que en los últimos treinta años la teoría de la historiografía ha diferenciado, cada vez más, el plano teórico de la práctica de la historia y se han ido precisando los caracteres del problema del conocimiento histórico. En términos generales, la teoría de la historiografía abraza tres clases generales de problemas: uno se refiere a la objetividad del conocimiento histórico, es decir, la validez del conocimiento; otro es el de las relaciones entre el conocimiento histórico y otros sectores epistemológicos, por ejemplo, las relaciones entre historia y mito, historia y generalizaciones científicas, etc., y el tercero se refiere a lo que en términos generales podríamos llamar contenido pragmático de la historia. Se concluye la enorme importancia de encontrar una definición exacta de lo que sea el contenido o materia de la Historia.

A nuestro modo de ver, la Historia es la explicación contenida en un relato previo, que se hace a partir de unos datos suficientes y ordenados. Hay que descartar la posibilidad de una fijación de leyes universales en la Historia. Contra el positivismo de Comte y Spencer, que violenta la naturaleza de la Historia, ésta ha de situarse fuera del dominio de las ciencias nomotéticas. De ahí, en efecto, que la erudición en la Historia sólo tenga el papel elemental de materia prima, porque el conocimiento de lo humano puede ser específico, en tanto que en los seres inferiores sólo puede llegarse a la comprensión del género. En este sentido puede recogerse la afirmación de Dilthey, apoyada por Jaspers, según la cual *entendemos* la Historia, mientras sólo *aclaramos* la Naturaleza. (*Beiträge zum Studium der Individualität*, 1891,

p. 299 y 311, Karl Jaspers: *Die Idee der Universität*, p. 33). Esta doctrina concuerda en lo esencial con la de Seignobos, quien afirma en *La méthode historique appliquée aux sciences sociales* (París, 1901, p. 3), que no existen hechos naturalmente históricos y que sólo hay hechos históricos por posición. Es histórico el hecho que no puede observarse directamente por haber dejado ya de existir. El carácter de históricos, prosigue, no es inherente a los hechos y sólo es histórico el modo de conocerlos. La historia no es una ciencia, concluye, sino tan sólo un modo de comprender.

Hasta ahora se ha venido hablando de la Historia como el conocimiento propio de los llamados entes históricos, dando por supuesta la posibilidad de ese tipo de conocimiento. Conviene, sin embargo, antes de pasar adelante, hacerse cuestión de la posibilidad misma de la Historia. Hay que decir, ante todo, que el conocimiento del hombre siempre es histórico, en cuanto que consiste en un tránsito de la potencia al acto de conocer. El camino de la ignorancia a la información se tiende mediante el desarrollo de un proceso de actualización.

El hombre llega a resolver los problemas que plantean las sensaciones gracias a las categorías, a las formas de ordenación que se dan en el espíritu. Estos son los hitos fundamentales que lo organizan todo. Nadie puede saltar su propia sombra. Hasta la matemática se apoya en la constitución esencial de la razón humana.

La ciencia se apoya en la validez indudable de la razón, la cual toma el puesto más alto y relevante de la dirección de la cultura. Sólo llegaremos a crear la ciencia si en cada uno de nuestros juicios nos desprendemos de las sollicitaciones de lo sensible y afirmamos el valor de la verdad. En su discurso rectoral de Estrasburgo de 1894, *Geschichte un Naturwissenschaft* (en *Präludien*, 1915, t. II, pp. 136-60), Windelband sostuvo que la ciencia tenía por misión la formulación de leyes generales y la historia, la descripción de hechos individuales, de suerte que la primera era nomotética, fundada en la generalización de las observaciones de los objetos, y la segunda, idiográfica, fundada en puntos de vista culturales. De esta afirmación, solemne y relativamente superficial, resulta la actitud, ya más interesante, de reclamar autonomía para las ciencias culturales, las cuales serían dueñas de valerse de unos modos de conocimiento acientíficos en perjuicio de que dentro de su área sus resultados tuviesen tanto valor y tanta solvencia como los de la ciencia natural. De aquí su pretensión de rebautizar a la historia con el nombre de *Kulturwissenschaft*. Los modos de conocimiento histórico consistirán en juicios de valor, lo cual tiñe de color ético su idea de la misma.

No deja de resonar un eco de esta afirmación en Karl Jaspers, cuyo *Vom Ursprung und Ziel der Geschichte* (trad. esp. en Madrid, 1950), quien defiende la tesis general de que el carácter esencial de la Historia es lo individual, lo irrepetible, como una revelación progresiva cuyo principio y cuyo fin son ignorados. Uno y otro son los dos únicos términos trascendentales de la historia y se ocultan por igual a la comprensión humana. Esta sólo capta lo que está entre ambos.

«Nuestro sistema político—escribía Burke—(en *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Madrid, 1954, p. 94), está colocado en justa correspondencia y simetría con el orden del mundo y con el modo de existencia propio de los cuerpos que permanecen, aunque sus partes cambien. Por disposición de la grande sabiduría que preside el gran misterio de la cohesión de la raza humana, el conjunto, en un momento dado, ni es viejo ni joven, ni está entre dos edades, pero se perpetúa constantemente inmutable en medio de las decadencias, de las caídas, de los renacimientos y de los progresos. Así, empleando el método de la naturaleza en la acción del Estado, lo que nosotros mejoramos no es nunca completamente viejo».

Es posible la Historia, por tanto, como conocimiento científico del acontecer histórico real. Así, pues, si la Historia es un género peculiar de ciencia, no puede rematar su trabajo con la mera fijación de unos hechos, su selección y ordenación, sino que, además, ha de conectarlos entre sí mediante la oportuna explicación causal. La determinación y pulimentación del dato juega, sin duda, en la Historia un papel imprescindible, pero la realización no es sino extensión ulterior material sobre la que montar el aparato científico, si es que se pretende superar una Historia elemental. El logro de esta noción, como ya sabemos, ha sido laborioso y dilatado: Vico negó la teoría clásica de los ciclos recurrentes de desarrollo y postuló una teoría del progreso en espiral; Turgot, en su discurso de la Sorbona, de 1750, expuso claramente la doctrina de la continuidad de la historia y el carácter acumulador del progreso; Kant trató de exponer las leyes del progreso y demostrar la realidad del progreso moral; Condorcet formuló una teoría del desarrollo de estadios sucesivos de civilización y predijo para el siglo siguiente al suyo notables avances, resultado de la aplicación de la ciencia al mejoramiento humano; Saint Simon defendió la creación de una ciencia del bienestar social, y Augusto Comte elaboró el primer esquema global del progreso humano. Mommsen y Ranke se yerguen juntos y señeros en la primera fila de los historiadores del siglo XIX.

Nos interesa aquí recoger la sensación de radiante claridad que al hombre romántico le produjo el examen de la Historia. «La Historia Universal—diría Hegel—(*Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*, Madrid, 1953, vol. I, p. 59), es la exposición del proceso divino y absoluto del espíritu en sus formas supremas», es decir, un programa lúcido y claro, encaminado hacia el progreso, que se había logrado precisamente en su época. Ranke afirmaba al propio tiempo: «No puede escribirse otra historia que la universal». Es curioso anotar a este propósito que en su estudio *Die deutsche Geschichtsschreibung von den Befreiungskriegen bis zu unseren Tagen* (publicado en el «Handbuch der mittelalterlichen und neueren Geschichte», de BELOW y MEINECKE, Munich y Berlín, 1924, sección I), Georg von Below formula una entusiasta apología de la teoría histórica del Romanticismo, que le parece fundamento y premisa de todos los aciertos de la historiografía del siglo XIX, tanto por activa como por pasiva, puesto

que entiende que, apenas los historiadores se apartan de su legado, inciden en errores tales como el positivismo o el materialismo. Por ello Below no vacila en defender el retorno al Romanticismo como garantía del acierto en el trabajo historiográfico. Por el contrario, FUETER, en su *Geschichte der neueren Historiographie*, estudio publicado paradójicamente en aquel mismo manual de Below y Meinecke, niega al Romanticismo la capacidad del conocimiento histórico, reprochándole que se acerca al mundo de la historia con ideas preconcebidas que le impiden la captación cabal de sus fenómenos.

«El pasado de la Humanidad puede entenderse de dos formas absolutamente distintas: lo que los hombres de otras épocas hicieron (la acción misma) y lo que ellos han hecho o dejaron hecho (resultado de la acción)—ha escrito Jacques Bousquet, en un artículo de «Arbor», *Prolegómenos a una historia de la imaginación*—«Lo que los hombres hicieron es un... misterio que no tenemos la menor posibilidad de resolver. Lo que esos hombres han hecho, es decir, los resultados de sus acciones, por el contrario, podemos nosotros, en la medida en que esos resultados subsisten, observarlo, clasificarlo y compararlo». Para ello, deberán reunirse las condiciones críticas indispensables, que dan al historiador una «saludable desconfianza» para no aceptar, sin previo examen, todo lo que las fuentes digan, y una también indispensable carencia de prejuicios hasta donde es, naturalmente, posible, pues no hay que olvidar que la Historia se hace siempre desde un presente determinado y que éste determina, a su vez, en cierto modo, al historiador. Esta observación se convierte, por otra parte, en un dato más que tener en cuenta cuando se estudian acontecimientos ya historiados en épocas anteriores.

La ambición de descender hasta los planos conceptuados más bajos para explicarnos la noción de historicidad, nos llevaría a interesarnos inicialmente por el análisis de la instalación del obrar humano en la tierra para advertir la índole esencialmente estructurada de la presencia humana en el mundo, tanto en lo que toca a los asideros de la conducta individual, como en los productos sociales de dicha conducta. Establécese así luego un nexo entre los modos fundamentales del pensar humano y los del obrar individual y social, y unos y otros quedan emparentados con el cañamazo ineludible que crea su común inserción en el tiempo y en el espacio. El pensar y el obrar humanos nos aparecen como gobernados primordialmente por el principio de no contradicción, y ahondando en el análisis de la validez del mismo llegaríamos a atribuirle posición primacial en la sociedad y la historia, desterrando, en cambio, el predominio usual del principio de causalidad en ellas. De este modo servimos a nuestra concepción espiritualista de una y otra, y nos apartamos de los resultados materialistas (economismo, biologismo, mecanicismo, etc.) a que conduce fácilmente el método etiológico, para sentar, en cambio, una vía metódica que remite en derechura al obrar humano hacia su máximo destino, el sobrenatural.

Sin esta coherencia, la continuidad histórica se desintegraría hasta convertirse en un fluir semejante al de los procesos puramente vitales, porque la libertad humana dejaría de ser creadora de futuros para convertirse en una pura elección entre presentes.

Establecida la concatenación de los conceptos de persona, libertad e historicidad, queda contrastada con la ilación de individuo, causalidad y naturaleza, y la Historia queda constituida en frontera entre ambos espacios y en proceso mediante el cual el hombre, redimido de sus ataduras a la Naturaleza, llega por medio de su libertad a la plenitud de su despliegue terrenal.

PEDRO VOLTES